(Templete del Bramante en Roma.)

BRAMANTE.

El gracioso templete circular que representa el antecedente grabado se hace interesante por dos conceptos: construido en medio del claustro de San Pedro *in Montorio*, en Roma, en el mismo parage en que es tradicion que recibió el apostol el martirio, pasa con razon, á pesar de ciertos críticos, por uno de los mas lindos, elegantes y acabados monumentos de arquitectura, y se cuenta entre las obras mas estimadas del Bramante, es decir, de uno de los arquitectos mas hábiles que han existido.

Francisco Lazzari Bramante nació en 1444 en Castel-Durante, en el estado de Urbino, de una familia honrada aunque pobre; su padre, sin embargo, le puso á aprender la pintura, y en efecto llegó á adelantar en este arte, y ha dejado algunos cuadros de su mano. Atribúyensele tambien varias pinturas al fresco, de las cuales subsisten algunas todavia en el Milanesado: y una capilla que aun existe en la cartuja de Pavía, se dice asimismo que fué pintada por él. Se advierte en las figuras de estos cuadros proporciones vigorosas, y á veces acaso demasiado robustas: los rostros son llenos, y en las cabezas de los ancianos hay cierta elevacion de estilo; el colorido es vivo y muy destacado del fondo. Estas y otras propiedades que se han observado en muchos cuadros suyos han caracterizado la manera del Bramante. Su obra

maestra en la pintura es un S. Sebastian con que adornó la iglesia de este nombre en Milan.

Pero lo que especialmente ha hecho memorable el nombre de Bramante á la posteridad, han sido sus obras arquitectónicas. Cuando la Italia vió restaurada su arquitectura, Bramante fué el primero que la devolvió aquella nobleza que habia perdido desde tiempos antiguos. Este arte era el que ocupaba todo su pensamiento; por aficion á él abandonó su patria, donde recorrió varias ciudades construyendo obras de poca importancia lo mejór que podia, hasta que llegado á Milan en 1476 quedó suspenso al contemplar la magestuosa cúpula de aquella capital. Trabó entonces amistad con los arquitectos de aquel bello edificio, y formó la resolucion de dedicarse enteramente á la arquitectura. Despues de haber estudiado las reglas de la perspectiva por los mejores dibujos que habia en aquellos tiempos, se entregó al estudio de los bellos trozos de arquitectura de que está llena la Italia, llamando sucesivamente su atencion Nápoles, Roma, Tívoli, y villa-Adriani.

Aunque los edificios que habia dirigido ya le dieron gran fama y reputacion, aunque su facilidad para inventar y ejecutar fuese tal que no se le conociesen rivales, Bramante hubo de tener á gran dicha el vivir bajo el pontificado del papa Julio II que tenia tanto gusto para las cosas grandes, cuanto era el mérito y actividad de su arquitecto al realizarlas; así es que á no ser por aquel pontífice tal vez no se hubiera desarrollado todo el ingenio de Bramante. Una de las primeras obras que este egecutó llenando completamente las ideas del papa fue la de unir el Belvedere al palacio del Vaticano, del cual le separaba un pequeño valle: á este fin construyó Bramante magníficas galerías alrrededor de aquel valle, transformándole en una soberbia esplanada, y colocando en medio de ella una graciosa fuente surtida con las aguas conducidas del Belvedere. El papa que apreciaba mucho á su arquitecto le recompensó concediéndole el cargo de guardasellos de su cancillería, lo cual dió ocasion al artista para inventar una máquina de sellar bulas por medio de un tornillo de presion.

Entre las obras de Bramante se distinguen el claustro de los padres de la paz, la fuente de Transtévere, y otra que se veia en la plaza de S. Pedro; pero la que mas le honra sobre todo y ha inmortalizado su nombre, es la maravilla de Roma cristiana, la famosa basílica de S. Pedro, construida por el plan que eligió Julio II entre muchos que habia ideado Bramante advertido por el pontífice de que su designio era sustituir á la antigua iglesia de aquella advocacion un templo que no tuviese igual en el mundo. Al instante se procedió á demoler la mitad de la iglesia antigua con aquella celeridad que acostumbraba el arquitecto en cuantos trabajos dirigia, y en el año 1513 puso los cimientos de la nueva iglesia. Luego que el edificio hubo llegado al entablamiento se trabajó con increible diligencia en establecer los cuatro grandes arcos que descansan sobre los cuatro macizos destinados á sostener la cúpula, y son los únicos que conservaron sus sucesores de todas las obras egecutadas por él en la basílica de S. Pedro.

Bramante era de humor alegre y festivo. Trataba con sumo agrado á cuantos necesitaban de él, especialmente á los artistas de cierto mérito. El fue quien llevó á Roma á Rafael, sosteniéndole por algun tiempo y enseñándole la arquitectura. En la *escuela de Atenas* que aquel célebre artista pintó en el Vaticano como muestra de gratitud á su maestro, le retrató arrimado á un pilar en actitud de trazar con el compas una figura geométrica á la vista de muchos jóvenes que le estan mirando con atencion.

Murió Bramante en 1514 despues de haber vivido siempre como hombre honrado. La poesía era su diversion favorita: improvisaba con facilidad, y ha dejado algunos sonetos y fragmentos que no carecen de elegancia. Tambien escribió algunos tratados sobre la arquitectura, sobre la estructura del cuerpo humano, y sobre la perspectiva, que en 1756 se hallaron en una biblioteca de Milan, y se dieron á la prensa en el mismo año.

PANORAMA MATRITENSE.

ESCENAS DE BUARDILLA.

«..... á tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.»
BARTOLOME DE ARGENSOLA.

I.

Dios sea en esta casa.—Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?—Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.—Por muchos años, y ya veo que si no me engaña el corazon estoy hablando con la Señora Claudia, la que viene á habitar la buardilla núm. 7?—Doña Claudia, me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buena hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por ti, mañana por mi; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy dia nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda. No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pipita; sino esplícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz; pero vive cien años y verás desengaños, y tras del dia viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y que aseada y que provista está de cuanto el Señor crió....! tal me vea yo á la hora de mi muerte.... ¿es rosóli ó aniseta....? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua....! á la salud de VV., caballeros.... ¡fuego de Dios y que calorcillo tiene el espíritu....! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos, que están diciendo "comedme".... ¡ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos.... apostaria que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja.... gracias, hija mia, por el favor.... bien se la conoce que es hija de tal padre.... ¡bendígala Dios, y que hermosa es y que garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.—

Gracias, madre Claudia.—Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis y aun para queda-

ros despues con ellas; ¡ay! quien me tornára á mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la experiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me vería ahora en medio del arroyo como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo, poco consejo; y luego que vienen los años, llorar por los que son idos.... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes y.... ¿no es verdad, hija mia....? ¿que, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues á que vienen esas colores que se han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y.... ¡válgame Dios....! ¡que no diera alguno que yo me se bien por atajar con sus lábios esa gota de coral...!

¿Alguno, madre?—Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero vajemos la voz que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras: por fin, hija mia, mas dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. Y hora me voy, señor vecino, que ya ha á cabado de ser noche, y la vieja honrada su puerta cerrada; y cada uno en su casa y Dios en la de todos. A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aqui para trocarlo por un palmo de cerilla.... Tambien ese favor? muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento.... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el uso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre; sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y sino fuera por esto ¿para qué estamos aca abajo los unos y las otras....? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás allí muchas cosas y habilidades así de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, así me da el naipe para aderezar un guisado como para coser un zurcido.... Con que, A Dios.—

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivitil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla; la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogón, se quedaron á buenas noches.

II.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo. Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba como hemos visto mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tormentas de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeña microscópica no sabe distinguirlas ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interes que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividíase pues el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal estremo, cuales por las desdichas pasadas, cuales por las miserias presentes.

Sabia por ejemplo la Madre Claudia, que en la primera buardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á Marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad. Sabia que en la de mas allá existia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncellez. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven, zapatero, y ribeteadora; él mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatin; ella airosa y esvelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira. En el agujero del rincon que formaba el ángulo de la casa, habia entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendia ademas corbatines y almoadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenia relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corria con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algun anónimo cartas de pago y billetes del tesoro; ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. El en fin era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducia en francés, como se trocaba en italiano, y ora se adornaba con un levitin blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corria las calles con sombrerito de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitacion del químico habia dado fondo una física criatura, que sin mas preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia, el jardin de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si seria linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde esta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas despacio; baste decir que vino ella ó que la trajeron, y que la abandonaron, ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del si-

glo prosáico que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana, vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales pliego, que por el dia detras de su biombo en un portal escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales; y seguia la correspondencia de media Asturias; y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veia poco á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y cupidos. Con lo cual y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traia la cabeza tan llena de embolismos y de vilis, que siempre venia á casa regañando, y como solteron y que no tenia mujer con quien pegarla, la solia pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenia su mansion un hombre de presa (alguacil, que suele decir el vulgo) el cual cuando creia que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos por inclinacion y natural simpatia. Hombre de rostro enjuto, y de gesto sospechoso; cuerpo sutil y mal configurado; manos negras como su ropilla; nariz torcida como la intencion; antípoda del agua como un hidrófobo; amante del vino como el mosquito; vara enrroscada como sus palabras; oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias; multiplicado á veces como edicion estereotípica; y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia; ó si mas bien llegaria en breves dias á ser como si dijeramos el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligára á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia menos obstáculo á sus ataques....—¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizami, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quien será el que te crea bajo tu palabra, y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma; antes bien conviene exponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros, y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido; y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. Mal estás así, hija mia, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, ese arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un hábil marinero, así tú en mis manos esperimentadas podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí.—

Yo no sé si fue precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja; ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir, es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil, bajo la razon de *Amor*, *Venus* y *Compañia*; sociedad en que una ponia la prudencia, y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buardilla de Madre Claudia no se veia ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada estraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguia en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesania con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas, y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé que de siniestro y repugnante que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huia á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvia la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servia el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venia á parecer el alma de un propietario encarnada por decirlo así en la persona de la justicia. Ahora, vayan VV. á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba como quien dice bailándole el agua; siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demas vecinos una décuple alianza que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto como era de esperar hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber; la gracia, la experiencia y la ciencia; ó en otros términos; una muchacha, una vieja y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fue-

ra ni pudiera gloriarse de poseer una de estas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederacion, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la Madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elixir con que curar de las muelas ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, que buena falta les hacia á los pobres para enredar el atraso de pagas del papá; el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda dueña; pero ¡qué no pueden la astucia de un lado, y la miseria de otro! ¡y qué la virtud cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habian de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada, pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta allí habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer no logra al cabo del dia un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir, entrando en cuenta la mamá, resultaba un *deficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto; cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones; con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion, y disimular los rigores de su fortuna. — "Quien sabe? (decian ellas) quizas estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico mayorazgo ó algun viejo capitalista que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid? — No á fe mia, respondian todas; y sino ahi estan Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé que grande ó un meritorio de no sé que oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en el teatro estan abonadas en delantera.... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aqui encerradas es este camaranchon. A fé que, como decia ayer la vecina Madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero, parece cristal. —

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas, mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de fatalidad y de ataud; mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio, y las cadenillas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormia la siesta ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos, en conclusion, que por estos y otros caminos la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba por decirlo asi en toda la vecindad, si se esceptuan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interes de su argumento.

IV.

Una noche.... ¡qué noche!.... llovia á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caian á la calle con estrépito envueltas en torrentes de agua; por los ángulos todos del desvan aparecian goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas y prometian inundar aquel miserable recinto disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venia á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluia por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo por ver si serenaba la tormenta; y volvia á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedia al mirar su sombra viendo en ella temblar su espantable figura á las trémulas ondulaciones de candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hacia la chimenea y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda obscuridad.... La vieja despavorida corre á la puerta; á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se vé entrar con precaucion á un bulto negro y embozado que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

¡Jesus mil veces. —grita la vieja y cae en el suelo sin

voz ni esfuerzo para decir mas.— Nada tema V., Madre Claudia;.... soy yo.... no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche....?—En el nombre sea de Dios, señorito; el señor le perdone á V. S. el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.—Vaya, buena madre, alcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.—¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra.... mas, cuenta, que como estoy toda azorada ni sé que me hago, ni donde puse la pajuela.— A bien que aqui traigo yo el fósforo y....—Alabado sea el señor, Dios me de luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aqui y endiñaré el candil;.... pero ¿que es esto? V. S. tiembla tambien?....—Y asi era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reia, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponia á discurrir.

—Pero ¿no ve V. S., señorito, que me pide un imposible?; yo no diré que ella no le quiera á V. S.; y mucho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin V. S. es V. S., y ella es una pobre muchacha hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegará á sospechar la intencion con que por V. S. he venido a esta casa.... Dios nos libre.—Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo se, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla....—Y mucho que várias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar.... No sino aguarda la breba en Enero y verás si cae.—Maldita seas, con tus refranes y con tu eterno charlar ¿pues no me digiste, vieja del Diablo, que esta noche....?—No es esto decirle á V. S. que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté como quien dice, pajaritas en el aire; pero asi es el mundo; para unas no basta el *só*, ni pare otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas.—No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja maldita.... *Yo no he venido aqui á escuchar tus graznidos, ni por* todas tus protejidas hubiera subido un solo escalon de esta escalera infernal.... Vengo solo á que me cumplas tu promesa.... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en valde.—Pues á eso voy, señor, ¡caspita!, y que vivos de genio que son estos boquirrubios y que...—Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia....—Despues que una se desvive por servirlos, haciéndose como quien dice piedra de molino para que ellos coman la harina.— Pero....—Ande usté de aqui para alli como zarandillo, por la gracia del Señor, cuando á el le convenga; deje usté su cuarto entresuelo, que bien me estaba yo en el sin estos trampantojos, subase usté á las nubes como el gavilan, y póngase desde alli en acecho de la perdiz.... y todo ¿para que?....—Tienes razon, Claudia, tienes razon: pero como tú me digiste....—Y ya se vé que dige y no me vuelvo atras, que bien sé lo que me tengo que hacer, pero....—Mira, toma todo lo que llevo conmigo, y esto será nada mas que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida que hagas porque yo la vea esta noche, aqui mismo, en tu casa y.... su padre esta de guardia; ya ves tu que mejor ocasion....—¿Y por quien sabe V. S. todo eso sino por mí?—Es verdad, dices bien, mucho tengo que agradecerte.—Quiera Dios que dure y que á lo mejor no me muestre las uñas.—No lo temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; hora baja que se va haciendo tarde y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia—Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y..... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atras....—Bien, bien, como querais, madre mia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda entabló un diálogo, al parecer indiferente con la inocente criatura que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buardilla donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias: y la inocente creyó al pié de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice, vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la joven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion pribaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando "*favor*, *vecinos*, *favor*»....

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desaforadamente.... "Mi hija».... "Mi hija».... "¿Quien me la ofende?».....—A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á Madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies; en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado.... El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañia con la valencianita, mira escapar á su esposa de la buardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que el tambien tenia porque callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante corren á verificar su captura á tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon. El químico que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner un término á semejante escena, que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante con que produce un estampido semejante

al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tabernero con su hija, el memorialista y el cesante con los chicos; estos agarrados de la vieja; las niñas de sus galanes, el zapatero de la viuda, la ribeteadora del químico, y el alguacil de la valenciana, gritando "*¡favor á la justicia*; dejadme á esta pecorilla que es *el cuerpo del delito....*»

V.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia cerrado su almacen y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda por disposicion de esta trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama Tul Bobine*; el zapatero habia apaleado á su mujer y estaba en la carcel, y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente la valencianita alquilaba un entresuelo calle de las Huertas, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador.... al alguacil.

El Curioso parlante.

MÁXIMAS MORALES.

La providencia ha hecho las cosas necesarias á la vida de modo que no puedan obtenerse sin el TRABAJO, y que se carezca de ellas cuando ya se ha hecho uso, á fin de que esta necesidad que se reproduce obligue á un trabajo que dure tanto como la vida.

Se cansa uno de todo, excepto del trabajo.

El trabajo es un censo general, con el cual se ha dado al género humano el suelo que cultiva y que le alimenta.

El sábio siega desde la mañana; el necio aguarda á la tarde para espigar.

Una juventud descuidada acarrea una vejez indijente.

Los hombres laboriosos son los que hacen vivir á las gentes ociosas.

El hombre debe encontrar la subsistencia en su trabajo ó en su familia, y no esperarla jamás de las instituciones del estado.

El tiempo que falta á la pereza, le crea la diligencia.

Ocupaos sobre todo en los demas y solo accesoriamente en vos mismo, y tendreis á todo el mundo de vuestra parte. Cuanto mas se medita en la máxima del Evangelio: "Servid á Dios y todo lo demas se os dará," mas se convence uno de que es no solo el específico de la fortuna individual, sino tambien el medio de la salud y prosperidad pública.

¡Cuantos hay que toman los empeños por deberes! Esta es la virtud de aquellos que no tienen otra.

Tiene el hombre tantos deberes religiosos, domésticos y políticos que cumplir, que los empeños que no fortifican estos deberes debilitan las virtudes.

Honra en un anciano á tu padre; ama á tu hijo en un niño; ama en una mujer á tu hija; y en un hombre á Dios ó á ti propio.

El culto de la divinidad es la religion del hombre; el culto de la ley la religion del ciudadano.

La vanidad es la que produce las cosas brillantes; el amor del bien las útiles.

Para ejecutar grandes cosas se debe vivir como si nunca se hubiese de morir, y como si se hubiese de morir al dia inmediato.

En donde quiera que hay un derecho existe un deber; de otro modo el privilegio de una profesion sería el azote de las demas.

Tres cosas son necesarias para la fortuna y la celebridad: *ciencia*, *conciencia* y *paciencia*.

Todos los deberes pueden reducirse á dos cosas: *dar* y *perdonar*.

Si no hay en el hombre un fondo de deferencia y de bondad que alguna vez le haga juguete de otro, tanto peor para él.

La mayor y mas popular de nuestras desgracias es dejar que nuestro corazon engañe al entendimiento: jamás podrá decirse la verdad, ni hacerse el bien, sin que el entendimiento sea tirano y el corazon esclavo.

Respeta la confianza: no tires al pajarito que está en el suelo.

INTERIOR DEL CIRCO DE ROMA.

En el Semanario correspondiente al domingo 10 de setiembre próximo pasado dimos á nuestros lectores una descripcion del exterior de este mismo edificio, por cuya razon nos limitaremos ahora á darles una idea de lo que ocurria en la parte interior, presentándoles en la lámina que va al fin de este artículo la vista interior mirando al Occidente.

Gibbon, el célebre historiador inglés, nos ha dejado una descripcion de las fiestas que tenian lugar en el circo; pero como él mismo confiesa que es deudor de ella á Montaigne, preferimos, en obsequio de nuestros suscritores, presentar un extracto de la hermosa pintura que el filósofo francés hace de estas diversiones romanas.

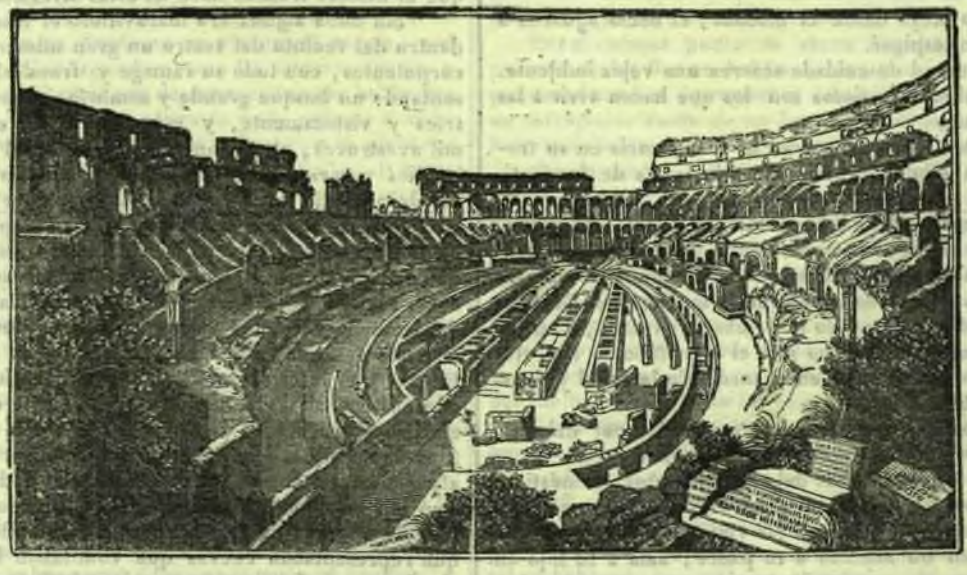
"Sin duda alguna era maravilloso el traer y plantar dentro del recinto del teatro un gran número de árboles corpulentos, con todo su ramage y frondosidad, representando un bosque grande y sombrío, dispuestos simétrica y vistosamente, y echar en él en el primer dia mil avestruces, otros tantos ciervos, igual número de javalies y corzos para morir por el pueblo que disponia despues de todos ellos. Al dia siguiente hacer matar en su presencia cien fieros leones, cien leopardos y trescientos osos: y al tercer dia hacer que trescientos pares de combatientes peleasen hasta terminar su existencia, como sucedió á un Emperador romano. Tambien agradaba mucho ver estos vastos anfiteatros, edificada toda la parte exterior de mármol, adornada con figuras y estátuas, y el interior brillando con decoraciones raras y adornos riquísimos; todos los lados de este estenso espacio llenos y cercados de arriba á abajo con tres ó cuatro filas de asientos, igualmente de mármol, cubiertos con almohadones, donde podian estar con toda comodidad cien mil personas; la arena ó sitio destinado á las fiestas, hacerle á fuerza de arte primero presentando hendiduras, que representaban cuevas que vomitaban las fieras destinadas para la funcion; despues inundarlo todo con un mar profundo, lleno de monstruos marinos, y cubierto de buques de guerra, para representar un combate naval; la tercera escena se reducia á presentar el terreno seco

y llano para el combate de los gladiadores; y por último la cuarta y final, á cubrirle todo con bermellon y estoraque en lugar de arena, para el solemne banquete de aquella multitud de personas; último acto de un solo dia.»

"Unas veces hacian que una montaña elevada avanzase por sí misma, llena de árboles frutales y arbustos frondosos, de cuya cima salian arroyuelos de agua cristalina como de un manantial: otras se veia un gran bajel que por sí solo caminaba, el cual se dividia por mitad, arrojando de sus entrañas cuatrocientas ó quinientas fieras para la pelea, y despues volvia á unirse y desaparecia sin ayuda alguna: otras en fin, del mismo terreno hacian salir caños de aguas perfumadas que se elevaban á la altura suficiente para salpicar á todos los espectadores. Para defenderse de la lluvia y rigores del tiempo tenian aquel vasto recinto cubierto con cortinas de púrpura y de seda de diferentes colores, que con la mayor facilidad ponian ó quitaban á su antojo. La red que estaba delante de los espectadores para defenderlos de la violencia de las fieras estaba tejida con mucho oro.»

"Si hay algo digno de escusa en excesos de esta especie," continua Montaigne, "es sin duda en aquello en que la novedad y la invencion originan mas admiracion que gastos." Afortunadamente para los verdaderos goces del género humano, aun bajo el dominio de los Emperadores romanos, *la novedad y la invencion* tenian unos límites muy estrechos cuando se aplicaban á materias tan enteramente indignas y brutales como las fiestas del anfiteatro. Algunos emperadores trataron de hacerlas mas amenas; el uno transplantó árboles á la arena queriendo darla el aspecto de un valle lozano; otro introdujo cuatrocientas fieras en un buque que navegaba en el lago que la misma arena formaba. Pero en ocasiones ordinarias, la profusion sin gusto y sin invencion, la ferocidad de los monstruos poderosos, la pompa de la lujuria saciada, eran los únicos estímulos, ó constituian el solo título para la admiracion popular. Gibbon reflexiona del modo siguiente "Mientras el populacho observaba con una admiracion estúpida estas fiestas, el naturalista podia observar la figura y propiedades de tan diferentes especies, transportadas de todos los paises del antiguo mundo al circo de Roma. Pero este beneficio accidental, que la ciencia pudiese sacar de la locura no es ciertamente suficiente para justificar este abuso lascivo de las riquezas públicas."

Sin embargo, el gasto pródigo de las riquezas públicas no era el perjuicio mayor de las diversiones del circo. La moral pública se sacrificaba en la misma urna que las riquezas. La destruccion de las fieras era una preparacion á propósito para la destruccion de los hombres. Un número pequeño de estas desgraciadas personas destinadas á pelear con las fieras en el circo, se educaban para este ejercicio peligroso. Estaban acostumbrados á cansar á los animales con falsos ataques: saltar con velocidad y acometerlos por detras repentinamente; arrojarles una manta á los ojos y matarlos, ó atarlos en este momento crítico de terror; ó ya arrojarlos un baso lleno de una composicion química á la boca, para que les atontase y debilitase. Pero la mayor parte de los que se exponian á estos combates, peligrosos aun para los mas diestros, eran esclavos desobedientes ó malechores condenados. Los cristianos, durante su persecucion, constituyeron un número considerable de estos últimos. El poder romano era necesariamente intolerante; las asambleas de la nueva religion fueron objeto de sospecha y persecucion; la paciencia y constancia de las víctimas aumentaba el furor de sus opresores; y aun hasta el mismo Plinio el jóven sostenia que su obstinacion sola era digna de castigo. Asi, pues, los edictos imperiales contra los primeros cristianos presentaban mas diversion á la furia del populacho por sangre que el combate de los leones entre sí ó de los gladiadores. Se hizo creer al pueblo que asistian á un acto solemne de justicia; y asi concurrian á ver al tigre y al leopardo hacer pedazos el cuerpo trémulo del anciano lo mismo que el del jóven, del fuerte como del débil, sin mostrar el menor deseo de rescatar al desamparado, ó de socorrer al valiente.



MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN, EDITOR.